

EDITORIALES

Varapalo a Aguirre

El Gobierno cosechó el martes una severa derrota en el Congreso de los Diputados cuando la oposición rechazó en bloque el proyecto de reforma de la enseñanza de Humanidades. La proposición socialista, que pedía la retirada del proyecto, fue apoyada por los socios nacionalistas del Gobierno, CiU y el PNV, además de por Izquierda Unida, Coalición Canaria y el Grupo Mixto. Más allá de la valoración concreta de la ley, lo que los grupos políticos han rechazado es un talante, una forma de hacer política o, más bien, de imponer la propia visión sin negociar

ni consensuar siquiera con los partidos más afines. Por tanto, la derrota hay que atribuírsela a la ministra de Educación, Esperanza Aguirre, que ha cometido el imperdonable error político de presentarse en la Cámara sin haber negociado previamente, exponiéndose a un varapalo anunciado. Una reforma como ésta no puede imponerse a la mayoría del Congreso sin antes haber sido debatida y conseguido algún apoyo. Aguirre debe reflexionar y rectificar lo que haya hecho mal, aunque, eso sí, sin renunciar a sus ideas. No otra cosa es el consenso.

Violencia en TV

Los datos que el Consell de l'Audiovisual de Catalunya (CAC) acaba de publicar sobre la violencia en televisión son escalofriantes. Dos de ellos llaman particularmente la atención: el primero, que

la mayor concentración de violencia televisiva se produce durante los horarios de audiencia infantil; el segundo, que el 84 por ciento del tiempo de violencia lo sirven producciones norteamericanas. Aunque la televisión no sea la única causa del incremento de las conductas violentas en la población infantil y juvenil, su papel es, desde luego, extraordinariamente relevante. Sociólogos, psicólogos, educadores y políticos llevan tiempo en España estudiando la manera de llenar el vacío legal que supone la inexistencia entre nosotros de un organismo y unas normas que controlen, vigilen y puedan sancionar la trama de ese gravísimo fenómeno, que no es el único irregular o ilegal de la comunicación televisiva. Ni siquiera el CAC, pionero en España de un tibio intento de regulación de contenidos, tiene poderes ejecutivos. Está probado que no basta con que el Gobierno reclame a los programadores "reflexionar sobre su responsabilidad". Hay que decidirse a legislar para cortar de raíz la violencia en las televisiones.

Alcoholización juvenil y drogas

Como bien advirtiera el sociólogo McLuhan, en la manipulación social "el medio es el mensaje"... Y el hacinamiento de jóvenes hasta intempestivas horas en los establecimientos de consumo de alcohol y en su entorno (de los cuales establecimientos se ha consentido, entre nosotros, la instalación de muchos más que en cualquier otro país del mundo) constituye el medio que deviene, de por sí, en el más poderoso mensaje de atracción al alcoholismo y, de paso, a la incivildad y al desprecio a los más elementales derechos del vecindario, siendo imprescindible que se adelanten los tardíos y antieuropeos horarios nocturnos que esos establecimientos tienen aquí autorizados y que entre tales establecimientos se implanten amplias distancias mínimas.

La situación que en esto padecemos se agrava de día en día. El alcoholismo genera en nuestro país —como han denunciado oportunamente las organizaciones de ex alcohólicos— un gasto de más de un billón de pesetas anuales. Y son cada vez más los jóvenes a los que el alcoholismo les lleva a caer en la dependencia de la heroína, la cocaína y las denominadas "drogas de diseño".

La Memoria de 1996 del Plan Nacional sobre Drogas (conocida el 3 de noviembre de 1997) da cuenta de que el abuso del alcohol es la adicción más frecuente y que, ya sea por sí sola o en combinación con psico-



MADRIGAL

tropos, se encuentra detrás de no menos de un 50 por 100 de los accidentes de tráfico, mientras que de 1995 a 1996 se duplicó el número de cocainómanos que recibieron tratamiento.

IGNACIO GARCÍA MAYORA
MADRID

Estado policial

General Perón esquina Castellana, tres y veinte de la tarde. Me dirijo de vuelta a casa después de salir del edificio de Telefónica. Un agente de la Policía Nacional me pide el DNI, le pregunto a qué es debido y me

contesta que es una identificación selectiva y aleatoria que hacen diariamente. Hay otras dos personas retenidas conmigo. La primera, a la que no conozco, lleva ya varios minutos esperando la identificación; la otra es una compañera de trabajo que muestra signos de perplejidad ante lo que nos está ocurriendo, miramos a los policías, que, por cierto, no llevan identificación visible de ningún tipo. Siempre he pensado que esto se parece bastante a un Estado policial. Pasan los minutos. Mientras, escuchamos por la radio que

portan cómo retienen a otros ciudadanos en diferentes puntos de la ciudad. Por mi mente pasan recuerdos recientes como cuando la policía agredió salvajemente a un compañero, que se manifestaba contra la construcción de la presa de Itoiz. Después de veinticinco minutos de espera, nos da el visto bueno. Nos alejamos con la sensación de que lo que pretendemos es que creamos que todos somos sospechosos... hasta que no se demuestre lo contrario.

JAVIER TABARES
MADRID

FAX DIRECTO

Las Cartas de los Lectores no deberán sobrepasar la dimensión de 15 líneas, escritas a máquina, y es imprescindible que su autor envíe una fotocopia de su DNI. DIARIO 16 se reserva el derecho de resumirlas. Enviar por correo a la dirección del periódico o al número de fax (925) 25 21 31.

Cultura literaria



A. GÓMEZ RUFFO

Me pregunto qué pasaría si los medios de comunicación audiovisuales empleasen la décima parte del tiempo que usan en la difusión de música a la promoción de libros; si por cada cuatro músicos invitados a los programas de entrevistas llamasen a un escritor, si de cada diez anuncios de discos hubiera uno de libros, y si la cultura musical de los adolescentes dejase un hueco para la cultura literaria. ¿Qué tiene la música —el menos desagradable de los ruidos, que dijo Napoleón— que ocupa emisoras de radio, programas de televisión, el ocio de los jóvenes y las grandes ventas de la industria del ocio?

Siempre he pensado que en esta sociedad sólo se vende lo que se da a conocer a través de la publicidad, y que los escritores debemos de ser material sobrante incluso para nuestros patronos los editores. De tal manera que no merece la pena invertir en nosotros. Así, la población culturalmente preparada se lo sabe todo de música y cine mientras desprecia sin resquicios autores, libros y corrientes literarias, actuales e históricas. Y nadie, ni medios, ni empresas, ni nosotros mismos, hacemos nada por impedirlo.

Tal vez sea cierto que si la gente supiese mucho de literatura no añadiría nada a su vida, como no suma por saber de biogenética, o de loza inglesa, cosa de expertos. Pero, qué caray, tal vez a los autores nos hicieran ricos, lo que no deja de ser ninguna tontería, pienso yo.

CARTAS DE LOS LECTORES